

Kowalski y su amigo Horace

Era el año 1916 en Nueva York, el joven adolescente de 15 años, Jacob Kowalski, estaba jugando con su amigo a tirar piedras a las ventanas de las viviendas colindantes, aunque su abuelo le había dicho que tenía que ir a recoger un paquete a casa de un vecino, el cual le daba miedo, por lo que prefirió gamberrear con su amigo y olvidarse del encargo pendiente.

Jacob, alguna que otra noche había oído unos extraños ruidos que brotaban a través de las finas paredes de la casa del aterrador vecino, el cual había sufrido dos incendios, que fueron justificados con sendas fugas de gas, cosa que Kowalski no creía, estas excusas no hacían más que acrecentar el recelo que le tenía.

Mientras se encontraba lanzando piedras a la pastelería, le pareció ver en un charco el reflejo de uno de sus mejores amigos del barrio, Horace, que iba vestido de una manera inusual, con una bata y un gorro oscuros, andando con un semblante serio, parecía que se dirigía a la casa del misterioso vecino.

Jacob y su amigo decidieron seguirle para ver que hacía, observaron como entraba en la casa del vecino y al momento, varias luces de distintos colores empezaron a brillar a través de las ventanas, Jacob se decidió a entrar para ayudar a Horace, cogiendo un palo robusto a la vez que su amigo salía corriendo a causa del miedo. Jacob forzó la puerta y encontró a Horace y al misterioso vecino enfrascados en una pelea, con una especie de varitas de madera, mientras gritaban cosas al aire como "Expelliarmus", Horace le vio, se giro hacia él y gritó: "Obliviate", acompañado de un movimiento de varita y Jacob se olvidó de todo. Tan solo fue una pelea ordinaria entre magos.

OSCAR GARCÍA GRACIA. 12 AÑOS

¡COMIENZA LA MAGIA!

Danya se despertó temprano. Hoy era el día. ¡Al fin iba a ir a Hogwarts!

La casa estaba muy silenciosa, por lo que dedujo que ni los trastos de sus hermanos ni el resto de su familia estaban levantados. Aprovechó entonces para ducharse, antes de que le quitasen el único baño de la casa.

Decían que ducharse aclaraba las ideas.

Y es que ella tenía un problema. Tanto sus padres como su hermano habían sido o eran de Gryffindor, y sus hermanos pequeños también iban a serlo, estaba segura. Pero ella no encajaba en Gryffindor.

En su colegio muggle, no estudiaba demasiado, pero siempre quería más nota, y al final lo conseguía. Aunque, alguna vez, había tenido que saltarse las normas, sus planes eran muy buenos y, junto con su grupo de amigos, los conseguían. En resumen, que era ambiciosa y astuta.

Lo que significaba que era la perfecta Slytherin.

A ella no le desagradaba esta casa, pero a su familia sí. Más que nada que desde siempre Gryffindor y Slytherin se habían llevado mal. Ya había hablado de eso con sus padres y su hermano.

- ¡Cómo te van a coger a ti en Slytherin! – había dicho él.

- Exacto, hija – añadió su madre -. Es más que probable que acabes como nosotros, en Gryffindor.

Su padre no dijo nada, se limitó a guiñarle un ojo.

Después, fueron a King's Cross para coger el tren. Mientras subían su lechuza, se encontró con su vecino, Ledd Brownspott. Ambos se despidieron de sus familias, y las últimas palabras de su hermano fueron:

- ¡Y viva Gryffindor!

No podía culparlo. Este era su tercer año y había un grupo de Slytherin que no les dejaba en paz ni a él y a sus amigos.

Ledd y ella encontraron un compartimento vacío. Cuando el tren arrancó, apareció una chica en la puerta del compartimento. Estaba roja, seguramente por haber tenido que correr, y tenía el pelo oscuro y corto, y los ojos color avellana. Se le resbalaban las gafas.

- ¿Os importa? – les preguntó.

- No, claro.

Se presentó como Annie Helling, nacida de muggles. Estaba segura de que sería Ravenclaw.

- Yo seré de Hufflepuff – dijo Ledd con toda seguridad -. ¿Y tú, Danya?

- Creo que Slytherin – dijo con cierta timidez.

Y no se mostraron extrañados, si no que empezaron a hablar de lo bueno de todas las casas. Eso le animó un poco.

Llegaron al castillo que era impresionante. Les hicieron esperar un poco antes de entrar al Gran Comedor. Distinguió a su hermano, que le dedicó una sonrisa.

Había un sombrero sobre un taburete delante de la mesa de los profesores. El sombrero cantó una canción sobre las cuatro casas de Hogwarts y, después, una profesora comenzó a llamar a los alumnos en orden alfabético.

Ledd fue de los primeros y, el sombrero le envió a Hufflepuff. Annie también fue llamada, y acabó en Ravenclaw.

- Danya Vittory.

Subió con timidez los escalones, y se sentó en el taburete. A los tres segundos de que el sombrero se posase en su cabeza, anunció con fuerza:

- ¡Slytherin!

Danya no pudo evitar sonreír. Fue hasta la mesa de su casa, donde aplaudían con fuerza. Distinguió a su hermano, que la miraba extrañado. Pero le dio igual

Ese año, Slytherin ganó la copa de las casas, y Danya se sintió muy orgullosa de haber conseguido varios puntos en las clases de vuelo. Tanto, que le habían dicho que al año que viene, entraría en el equipo de Quidditch como bateadora.

- ¡Viva Hogwarts! – le gritó esta vez Danya a su hermano.

María Larcuén Zapater. 13 años.

Los secretos de Hogsmeade

Llevaba varias semanas esperando con nervios, era la primera vez que iba a Hogsmeade y le habían hablado de tantas cosas que no sabía por donde empezar. Quizá Honeydukes sería un buen comienzo, aunque se decía que la cerveza de mantequilla de Las 3 escobas era la mejor del mundo mágico.

¡Pluf! Una gran bola de nieve se estampó contra su cara.

- ¡Ey Rubeus *gigantus!* Aparta de nuestro camino. -Se oyó una voz frente a él procedente de un grupo de alumnos mayores.

- ¡Déjame tranquilo Tom! – gritó.

- Un Sangre sucia como tú no le da órdenes a un prefecto de Slytherin. Vamos a por él.

Rubeus se giró y echó a correr, sus grandes piernas no se movían muy rápido, pero tenía una zancada más larga que la de cualquier alumno de Hogwarts. Giró una esquina y se escondió detrás de un carro que la nieve había dejado casi enterrado tras la tormenta de la pasada noche.

Vio pasar a sus perseguidores que decían - ¿Cómo puede haber desaparecido una mole tan grande?

- Ve por allí, yo lo buscaré en Pedrus Pridgeon. No puede andar lejos – dijo el prefecto de Slytherin.

Retrocedió unos pasos y apoyó su cuerpo contra una pared, que resultó ser una puerta que cedió ante su peso. Cayó dentro y todo el mundo se quedó mirando. De un salto se incorporó, se sacudió nerviosamente la nieve que tenía sobre su túnica y se acercó a la barra. Era un pub muy oscuro y con poca alegría.

- Disculpe señor, póngame un jarra de cerveza de mantequilla, por favor.

- Enseguida muchacho, aunque necesitarás un barril – dijo el anciano y mugriento camarero.

Le pagó con 2 knuts de bronce y se fue a sentar a una mesa larga del fondo de la oscura taberna, al otro lado de la mesa de un mago encapuchado que escribía en un pequeño libro como si estuviese en la biblioteca de Hogwarts en vez de en un bar.

- ¡Disculpe, señor! ¿Me puedo sentar aquí? Es mi primera vez en Las 3 escobas. - El extraño perdió su concentración.

- Perdona, ¿me hablas a mí?

- Lo siento, no era mi intención molestarle. Mi nombre es Rubeus Hagrid.

- Oh, no te preocupes. Pero esto es el Cabeza de Puerco muchacho, no las 3 escobas. Te diría que no es buen lugar para ti, pero viendo tu tamaño no creo que nadie se meta contigo.

- No crea... - dijo Rubeus agachando la cabeza.- Muchos lo hacen precisamente por mi estatura.

Sintiendo lástima por él, se acercó más deslizándose por el banco.

- ¿Qué haces aquí tu solo? ¿Y tus amigos?
- Acabo de perder a mi padre, y a veces prefiero otro tipo de compañía que no sean mis compañeros.
- ¡Oh!, lo siento mucho. Siempre es duro perder a un ser querido. – dijo el misterioso mago.
- Gracias señor. Encima mi madre es una gigante y nunca fue muy maternal. Quizá no debí decir eso. – Murmuró Hagrid.
- No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. – Sonrió el mago mientras se quitaba la capucha y dejaba a la vista su revuelto pelo rojo.
- Solo me queda Hogwarts. – dijo Hagrid en una mezcla de resignación y alivio. – Me admitieron gracias al profesor Dumbledore, un gran profesor ese Dumbledore, quizá el mejor de la escuela, aunque su asignatura no sea mi favorita.
- ¿Y cuál es tu asignatura favorita? – le preguntó curioso el desconocido.
- No lo sé, pero seguro que Transformaciones no. Quizá cuidado de criaturas mágicas. Adoro a esas criaturas. – dijo Hagrid sonriendo.

Sorprendido por la respuesta, el misterioso mago le dijo:

- Hubo un mago en la antigua Grecia, que decía que todos antes de nacer tenemos 4 brazos y 4 piernas, y somos felices. Pero en el momento que entramos en este mundo nos dividimos y nos pasamos la vida buscando esas 2 piernas y brazos que nos faltan, esa búsqueda se llama amor. Pero a algunos de nosotros nos faltan 4, o 6 piernas y brazos – dijo el mago – y nuestra búsqueda quizá es más larga que la de los demás.

Hagrid quedó con la boca abierta sin saber muy bien que decir.

- Oye muchacho, ¿quieres ver algo fantástico? – metió la mano en su bolsillo y sacó lo que parecía ser una araña peluda que le ocupaba media palma de la mano, pero tenía algo diferente en los ojos, era como si le devolviese la mirada queriéndole decir algo.
- Es una acromántula. – volvió a decir el mago - una especie muy rara por estas tierras, tiene un veneno con muchas propiedades. En cierta medida me recuerda un poco a ti, su tamaño la hace diferente a los demás sí, pero también la hace más singular y maravillosa. Harto incomprensibles estos animales.

Se la pasó con cuidado a la enorme mano de Rubeus.

- Gra...cias. ¿y qué tengo que hacer con ella? – dijo completamente fascinado.
- Tu corazón sabrá que hacer con ella, es un animal muy especial. – un silbido muy fuerte sonó fuera en la calle. – ese debe de ser mi tren. Ponle un nombre y cuídala bien. Un placer señor Hagrid.
- Muchas gracias señor...
- Puedes llamarme Newt.

CARLOS BLASCO LANUZA 37 AÑOS.